

Historia y circunstancia del Prólogo de Ortega a *Veinte años de caza mayor*. Una conferencia desconocida

Introducción de Ignacio García de Leániz Caprile

*A Pedro Tur de Montis, XII conde de Yebes,
del linaje de aquellos que de lo oscuro a lo claro aspiran¹*

Habent sua fata libelli... Tienen ciertamente su destino y peripecias los libros. Y también sus prólogos, que como humildes heraldos los abren y anuncian, con su intrahistoria íntima y sus avatares no siempre parejos a los del texto que anteceden. Pero esa relación ancilar, servilmente escueta, del prefacio para con la obra se quiebra en el caso singular de un prólogo tan monumental² como el de Ortega a los *Veinte años de caza mayor* del conde de Yebes, uno de sus textos filosóficos cimeros y más leídos especialmente en el mundo centroeuropeo, según veremos. Porque Ortega, nunca dado a prologar por compromiso ni para salir del paso, escribe a la tímida petición del escritor cazador un prefacio que adquiere autonomía propia siendo un ensayo en sí mismo, como esqueje independizado del tallo nutricio en que consiste el estupendo tratado de montería de Yebes, editándose enseguida como obra separada³. Queda así rota desde muy pronto la simbiosis entre prólogo y texto prologado, a pesar de que el libro de Yebes resulta una gran obra, sumamente pedagógica y amena, escrita con un estilo ágil como a vuelapluma, con un

¹ Agradezco a Pedro Tur su generosa ayuda en esta investigación, así como el permiso para que la revista pueda publicar el texto íntegro de la conferencia de su bisabuelo Eduardo de Figueroa, VIII conde de Yebes.

² Anota Emilio García Gómez, a quien Ortega regaló el manuscrito con su redonda caligrafía, que era de una extensión de setenta páginas en cuarto mayor. Cfr. Emilio GARCÍA GÓMEZ, "El último estilo de Ortega", *ABC*, 07/05/1983, p. 3.

³ *Veinte años de caza mayor*, precedido del prólogo de Ortega, apareció en 1943 editado por Espasa-Calpe. Acompañaban a los textos, 89 fotografías, 92 dibujos y dos planos elaborados por el autor. El prólogo, por su parte, se incluyó en el volumen VI de José ORTEGA Y GASSET, *Obras completas*. Madrid: Revista de Occidente, 1947.

Cómo citar este artículo:

García de Leániz Caprile, I. (2025). Historia y circunstancia del prólogo de Ortega a "Veinte años de caza mayor". Una conferencia desconocida. *Revista de Estudios Orteguianos*, (50), 185-198. <https://doi.org/10.63487/reo.152>

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 50. 2025
mayo-octubre



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

léxico serrano, campestre y cinegético que la convierte en un tesoro vivo de nuestra lengua⁴, cargado de un lirismo que cautiva al lector.

Un gran libro, pues, donde Yebes plasma su saber sobre montería tras veinte años de experiencia, precedido de un grandísimo prólogo que el devenir editorial ha escindido; lo que provoca que el texto de Ortega independizado así quede en cierto sentido manco, al faltarte su “objeto intencional”, su razón de ser: el tratado venatorio de Yebes del que bebe ávidamente. O lo que es lo mismo: el lector de Ortega que lea *además* la obra del conde encontrará entre sus páginas tan “vivenciales” la perspectiva ideal desde la que comprender mejor todas las ideas, hallazgos y sugerencias del prólogo. Escrito como está desde la lectura reiterada que hace Ortega entre Buenos Aires y Lisboa del manuscrito cinegético con sus fotos, dibujos y mapas que le hace llegar el conde, como se aludirá más adelante.

Con todo, nos eran apenas conocidas la génesis, la circunstancia y las razones que le llevaron a nuestro pensador a escribir este ensayo prologal, finalizado en Portugal en junio de 1942. Mas ha querido el azar —una de las formas del destino— que se produjera una feliz serendipia buscando en internet determinados datos del noble venador. Así, me topé sin pretenderlo con el texto íntegro de la conferencia “Breve historia de un prólogo histórico”⁵ que Eduardo Yebes impartió en el Club Urbis de Madrid el 27 de junio de 1963, veinte años después de que el prólogo y lo prologado vieran la luz. Conferencia que, como comprobará el lector, arroja una valiosa información sobre el origen del ensayo orteguiano, la personalidad misma de Ortega, su estado anímico e intelectual recién llegado a Lisboa desde su purgatorio argentino y su saber enciclopédico sobre la caza.

Pero antes de exponer el texto rescatado de tan escasa circulación, conviene preguntarse por algunas cuestiones previas tales como quiénes eran el conde y la condesa de Yebes, su amistad con el matrimonio Ortega, la afición del filósofo madrileño por la caza y, finalmente, la extraordinaria recepción centroeuropea del prólogo en cuestión.

⁴ “Encame”, “montarral”, “macareno”, “querencioso”, “sopíe”, “raña”, “mancha”, “postuerillo”, “redroviento”, “enmontado”, “resecho”, “albar”, “arocha”, “bocería”, “dicha”, “dar de pie”, “jugar el lance”, “encarnar una pieza”... son ejemplos de vocablos y expresiones que hacían las delicias de Ortega lector y de quien se acerque a su prosa.

⁵ Lo encontré en un pequeño diario digital, *Petreraldia.com*, de dicho pueblo alicantino, alojado allí por Francisco Choclán, cazador y fotógrafo naturalista. Cfr. dirección URL: <https://petreraldia.com/historia-de-un-prologo-por-el-conde-de-yebes> [Consulta: 10 de diciembre de 2024]. Veinte años después de su conferencia, Yebes había publicado el texto en forma de artículo en el diario *ABC*: cfr. “Breve historia de un prólogo histórico”, *ABC*, 26/05/1983, p. 57. Ese mismo año, aparece publicado como prefacio en preciosa edición no venal restringida de dos mil ejemplares promovida por sus nietos, ilustrada con dibujos y bocetos del autor: Cfr. Conde de YEBES, *Veinte años de caza mayor. Prólogo de José Ortega y Gasset*. Sevilla: Ediciones Al Ándalus, 1983, edición no venal, pp. 7-11.

Perfil de Eduardo y Carmen Yebes

Nace Eduardo de Figueroa y Alonso-Martínez, VIII conde de Yebes, en Madrid en 1899, hijo del conde de Romanones, tres veces presidente del Consejo de Ministros⁶ con Alfonso XIII, y nieto por vía materna del ministro y jurisconsulto de Isabel II Manuel Alonso-Martínez. Fue un hombre polifacético bien alejado de la ociosidad nobiliaria, como nos recuerda Ortega al comienzo de su texto: arquitecto, dibujante, escultor animalista y escritor, perteneciente a la irreplicable inteligencia madrileña de aquellas décadas, dominadas por una constelación que fusiona tres generaciones memorables: 98, 14 y 27. Como arquitecto, Yebes nos ha dejado entre otras obras su edificio de viviendas en el número 53 de la calle José Abascal, ejemplo de la vanguardia racionalista madrileña anterior a la Guerra. En 1923 le vemos dar una conferencia en la Residencia de Estudiantes sobre arquitectura de los rascacielos que había conocido en su viaje nupcial a Estados Unidos. Pero, ante todo, Yebes era cazador de montería, quizá el más diestro de su época junto con el duque de Arión, Joaquín Fernández de Córdoba. A los doce años se inicia en el arte venatorio cazando alimañas de la mano de los guardas en la finca familiar de “Monte Encinar”, en Guadalajara, y sostiene ininterrumpida su actividad cinegética hasta siete años antes de morir en 1984. Era para el conde la caza una *dedicación*, en el sentido orteguiano de lo más activo que un hombre puede hacer con la vida que le es dada. Al respecto de su ocupación cinegética, nos advierte Ortega:

Observe el lector el entusiasmo, el fervor casi místico con que habla el autor de cuanto a la caza se refiere; campo, can, fusil o res. Los que le conocemos percibimos aún más ese entusiasmo, ese fervor, porque nos consta que no son mero vocabulario, sino que en ellos arde un cuarto de siglo de fatigas por vegas y serranías, de sacrificios y peligros nada desdeñables (...). Pero lo más característico en el conde Yebes es que de vez en cuando desaparece súbitamente de la ciudad, como si se volatilizase. Nadie sabe dónde está, porque está donde no está nadie: en el más perdido risco del perdido Gredos, en el fondo de un coto, allá por Sierra Morena, en el oscuro seno de un bosque toledano. Yebes se ha ido de caza y no de cualquier manera, sino, casi siempre, a cacerías largas y minuciosamente premeditadas⁷.

Y es precisamente esa fidelidad a su singular vocación uno de los motivos por los que nuestro pensador amiga con Eduardo Yebes, con amistad dibujada

⁶ Era Romanones desde bien temprano, junto con Maura y La Cierva, uno de los destinatarios principales de las diatribas de Ortega contra la Restauración, que se condensan en su conocida conferencia “Vieja y nueva política” de 1914.

⁷ Citaremos el prólogo según la reciente edición de Deusto: José ORTEGA Y GASSET, *La caza y los toros*. Barcelona: Ediciones Deusto, 2023, p. 20.

en el prólogo como “grande, antigua y cálida”, por parte de un Ortega conocido por ser de mucha exigencia y selectivo con sus amistades. Para él, el Yebes cazador, ejerciendo esta su ocupación felicitaria, es el Yebes que *debía ser* en su aspiración más íntima, según define la felicidad en el texto: “Felicidad es la vida dedicada a ocupaciones para las cuales cada hombre tiene singular vocación”⁸. En parte por su propia experiencia venatoria de caza menor, en parte por sus enciclopédicas lecturas cinegéticas, Ortega sabe que cazar es “un menester duro, que exige mucho del hombre: hay que mantenerse entrenado, arrostrar cansancios extremos, aceptar el peligro. Implica toda una moral y del más egregio gálibo”⁹. Para el vitalismo orteguiano, un Yebes que monteazacano entre riscos y quebradas, “jugando el lance” con la pieza en cuestión, resulta un trasunto madrileño del héroe épico a cuestas con su *amor fati* y arquetipo del “hombre alerta” al que aspira el ideal de filósofo.

Pero la trayectoria y vida activa de Yebes no se comprende sin su casamiento en 1922 con Carmen Muñoz Roca-Tallada, hija del conde de la Viñaza, Cipriano Muñoz y Manzano, erudito polígrafo y embajador en la corte del Zar y en Roma. Recibe así Carmen Yebes una educación privilegiada que le permite desarrollar una vida intelectual influyente en los foros culturales madrileños, centrada en las bellas artes, la historia y la literatura. Poseía de hecho el salón literario más codiciado de Madrid, en el que García Lorca leyó por primera vez *La casa de Bernarda Alba*. Su residencia daba hospitalidad a las personalidades que visitaban la capital –a menudo invitadas por Ortega–, desde Jean Cocteau a Igor Stravinski. Y no menos importante, fomenta que su marido mantuviese su actividad de escritor, ensayista y articulista. Admiradora temprana de Ortega, forma parte de la tertulia de la Granja del Henar, y poco después, de las reuniones de la *Revista de Occidente*. Por indicación de éste, en 1936 la condesa tradujo del inglés el gran libro de Julius Klein, *La Mesta*, publicado en Revista de Occidente ese mismo año, ocultando su autoría bajo un escudo “C. Muñoz”. Era Carmen Yebes ciertamente una mujer deslumbrante en aquel Madrid prodigioso intelectual y artísticamente, tal y como la propia Soledad Ortega escribe en *ABC* con ocasión de su muerte, en 1988, donde evoca

la figura bella y elegante de la Condesa de Yebes siempre que algo valioso, hermoso o interesante tenía lugar en nuestro país. Inteligente y culta, excelente escritora que, en sus biografías históricas, no desdeñó el rigor crítico ni la erudición que había heredado de su padre el Conde de la Viñaza. Carmen Yebes supo sentir el goce y la alegría (...) abierta a todo y a todos¹⁰.

⁸ *Ibid.*, p. 26.

⁹ *Ibid.*, p. 33.

¹⁰ Soledad ORTEGA, “Adiós a Carmen Yebes”, *ABC*, 05/05/1988, p. 64.

Hoy sabemos que debemos la existencia del prólogo a este empuje hacia la excelencia que ejercía ella sobre el conde. Fue la condesa, como destaca su nieto Francisco Tur de Montis, XI conde de Yebes¹¹, quien le instó a elegir a Ortega como prologuista y, lo más difícil para su tímida inseguridad de escritor y su respeto reverencial por él, a pedirselo personalmente. Fundaron además los condes la Sociedad de Cursos y Conferencias –cogestora del auditorio de la Residencia de Estudiantes con el Comité Hispano-Inglés–, encargándose de organizar las visitas a Madrid de personajes como Marinetti, Paul Valéry, madame Curie, Le Corbusier, Walter Gropius, Winkelmann o Einstein¹².

La amistad de los Yebes con los Ortega

Desde muy temprano formaron los Yebes, a través de las referidas tertulias, parte de los reducidos íntimos de Ortega y Rosa Spottorno. Nuestro pensador salía a comer frecuentemente entre semana invitado por los condes a su casa, y los cuatro realizaban esas excursiones campestres que tanto gustaban a Ortega y tanto bien le hacían¹³, alguna de ellas a la finca y coto de los nobles, cabe los Montes de Toledo. Con Yebes, conversaba frecuentemente de caza –le apasionaba hablar de ella– y de cuestiones de actualidad nacional e internacional¹⁴. Si Ortega estimaba la gran autoridad y maestría del cazador cuanto su modestia y sencillez proverbiales, el conde sentía un respeto reverencial por la inteligencia, el pensamiento y los conocimientos de su amigo filósofo. Y si Eduardo Yebes admiraba todo eso, no menos Ortega esas vacaciones de humanidad que se tomaba el cazador como buen “hombre de cosas”, *prágmata*, dedicado a su ocupación felicitaria extramuros de aquella “tiranía del vivir” cotidiano *pane lucrando* que varias desazones procuraban a Ortega. Y entre ambas estimaciones mutuas, el hilo rojo que enhebraba aquella afinidad electiva: un genuino amor por la caza, bien que más teórico en uno y más vivido en el otro.

Hacia el final de su vida, en una entrevista a *ABC* un año antes de morir en 1984, el noble responde así a la pregunta del periodista Tico Medina, describiendo la “exigencia de calidad” de Ortega, también en la amistad:

¹¹ Conde de YEBES, *La hora del lubicán. Artículos I*. Sevilla: Ediciones Al Ándalus, 2000, edición no venal, p. 12. Debemos al esfuerzo y labor de Francisco Tur de Montis, nieto suyo, la conservación y transmisión de la obra literaria del conde. Así, se ocupó de realizar la selección de artículos que integran este libro, publicar su diario de caza y recopilar el resto de sus artículos en varios volúmenes.

¹² Cfr. “Eduardo de Figueroa y Alonso Martínez”, en *Diccionario Biográfico electrónico (DB-e)* de la Real Academia de la Historia. Dirección URL: <https://dbe.rah.es/biografias/24023/eduardo-de-figueroa-y-alonso-martinez> [Consulta: 29 de noviembre de 2024].

¹³ Como proclamará Ortega jubilosamente por esas fechas en la primera página de “Notas del vago estío” (1925) dentro de *El Espectador V*: “La gran delicia, rodar por los caminos de Castilla”.

¹⁴ Yebes fue diputado a Cortes en 1923 por Barbastro (Huesca).

Tico Medina: "Yebes, ¿cómo era Ortega?"

Lo piensa largamente. Titubea, quizá la única vez en toda la conversación.

Conde de Yebes: "Como ser humano... no se lo sabría decir, francamente. Eso sí, era un hombre que infundía un respeto extraordinario y que se volcaba con todo aquello que tenía y por lo que él sentía un indudable interés. Un gran interés. En cambio, todo aquello que no fuera de calidad no le interesaba. Era muy exigente con todo, con sus amistades, con sus relaciones, sus tertulias. Y esto de la caza, como le digo, supuso para él sacar a la luz algo que llevaba dentro hacía muchos años. Lo mismo que le ocurrió con el torero, que era una cosa que también sentía"¹⁵.

En su exilio portugués, el conde visita frecuentemente a Ortega en Lisboa, Cascaes y Estoril, haciendo honor con su itinerancia a la lealtad de la amistad. Fue en Cascaes la inolvidable escena de sobremesa en la que el filósofo lee en voz alta las setenta páginas manuscritas del prólogo frente al Atlántico abierto cuyo viento se llevó la meditación orteguiana con sus *logoi*; el conde siempre lamentó no poder registrar tales horas de lectura en un magnetófono para la posteridad. Debió de ser ese almuerzo de *estreno* del manuscrito orteguiano en la terraza junto al mar, réplica de los banquetes platónicos en los que fulgura por unas horas divinas la vida del espíritu en todo su esplendor. Nunca se borraría la escena de la mente de Yebes, que evoca en la conferencia, quien en su cuidada amistad hacia Ortega era además fiel a la máxima ciceroniana de ser *numquam intempestiva, numquam molesta*¹⁶. Ciertamente el prólogo no fue escrito, como afirma Ortega y corrobora Yebes, *por* amistad, pero sin esa *amicitia* tan delicada no hubiese visto la luz. Fue, pues, condición necesaria pero no *suficiente*: la suficiencia vendrá añadida por el gran interés del filósofo por el tema venatorio.

Ortega cazador

Si el ensayo prologal adquiere su plenitud al leerlo *desde* el libro matricial de Yebes, conviene también abordarlo desde la perspectiva de un Ortega que fue aficionado a la caza menor. Y aunque se define al principio de su texto como "apenas cazador", lo era más de lo que su afirmación hacía suponer y además con destreza no desdeñable. Su afición por la caza no era, no podía serlo, *dedicación* como en el conde, sino más bien *entretenimiento* esforzado y felicitario a un tiempo, que a su vez revelaba estratos y anhelos profundos de la personalidad de Ortega. Cazando, Ortega era feliz.

En efecto, sabemos por su hijo Miguel que cazaba unas cinco o seis veces al año, y aunque abandonó la práctica en la Guerra Civil, recuperó la afición en

¹⁵ Conde de YEBES, *La hora del lubicán*, ob. cit., p. 151.

¹⁶ *De amicitia*, VI, 21.

1945 en su retorno a España. Sobre la afición tempranera de Ortega, detalla su hijo:

Empezó a cazar muy joven. Mi tío Eduardo, mayor que él, también era aficionado. Se iban los dos a un monte en Fuentelahiguera, provincia de Guadalajara, propiedad de mi tío José Gasset, donde nace el río Torote. Allí iban los hermanos con su escopeta, a cazar en mano, unas veces con perro y otras sin perro. A veces se ponían a esperar las piezas, que como aquella zona era muy seca y tenía una especie de pequeño embalse, nacimiento del Torote con una presilla, la caza iba allí a beber. Mi padre y mi tío se escondían y sin despilfarrar cartuchos, porque llevaban pocos –no tenían dinero–, mataban una perdiz, un conejo. (...) Hemos cazado mucho en la zona de Torrelodones y también en la provincia de Cáceres. Salíamos temprano, hacia las siete de la mañana, aunque no teníamos costumbres fijas porque con mi padre no había nada reglamentario, ya que casi nunca repetíamos el mismo lugar. Eso sí, sobre todo prefería la perdiz, y además, tiraba bastante bien. Era un cazador con muy buena vista y bastante rápido¹⁷.

En el prólogo, Ortega alude a una cacería suya de sisonos y patos en el valle abulense de Campoazálvaro –“valle tibetano, portentoso, pavoroso”¹⁸– que da cuenta de su afición y habilidades venatorias. Sabemos igualmente que tuvo escopetas del veinte, y nunca del doce. Primero cazaba con una Sarasqueta de dos cañones con extractores automáticos, pero fue incautada en el registro a su domicilio recién empezada la Guerra Civil¹⁹. Su hijo Miguel le regaló una Trust Eibarrés, con la cual tiró mucho hasta el último día en que cazó²⁰.

Fue esta última cacería de Ortega con su hermano Eduardo, en Cáceres en 1949, en la finca de Araya propiedad de los hermanos Silos. Se alojó durante un mes de pura venación en el hotel Jamec, escribiendo al anochecer y yendo a tirar durante el día²¹ entre encinares y pastizales, catando por vez última “la caza en su mismidad” en la penillanura cacereña.

En el texto prologal también nos confiesa una de las razones de su querencia por la activad cinegética:

¹⁷ Miguel ORTEGA, *Ortega y Gasset, mi padre*. Barcelona: Planeta, 1983, p. 170.

¹⁸ José ORTEGA Y GASSET, “Prólogo a *Veinte años de caza mayor*, del conde de Yeves”, en *La caza y los toros*, ob. cit., p. 52.

¹⁹ Fue en la casa de El Viso que abandona Ortega cautelarmente al día siguiente del asesinato de Calvo Sotelo para refugiarse en la de su suegro, Juan Spottorno, en Serrano 47. El primer registro se realizó días después, el 19 de julio de 1936. Ortega siempre sospechó que la persona que lo hizo fue García Atadell. Cfr. Miguel ORTEGA, ob. cit., p. 129.

²⁰ *Ibid.*, p. 171.

²¹ Para más detalle, cfr. Sergio LORENZO, “El misterio del mes que estuvo Ortega y Gasset en Cáceres”, *Hoy*, 19/03/2017. Dirección URL: <https://www.hoy.es/caceres/201703/19/misterio-estuvo-ortega-gasset-20170319001356-v.html> [Consulta: 20 de diciembre de 2024].

Cuando está usted harto de la enojosa actualidad de “ser muy siglo XX”, toma usted la escopeta, silba usted a su can, sale usted al monte y, sin más, se da usted el gusto durante unas horas o unos días de “ser paleolítico”²².

Era Ortega sin duda de personalidad dada a hartazgos con el cariz de su tiempo y la realidad nacional. De ahí que necesitara vacar de la actualidad acuciante para perderse en el campo escopeta al hombro acompañado de *Sil*, su pointer perdiguero, retornando al paleolítico, al *hombre auroral* primigenio que estrena la humanidad. Así lo atestigua su conocida foto emboscado en un cañaveral en los humedales de Sueca en 1934, cazando patos, en actitud acechante como “cazando la caza”, en pura alerta.

Sus conocimientos sobre el arte venatorio y su historia eran muy extensos y su biblioteca de caza, bien dotada, como testimonia el noble en la citada entrevista de *ABC*:

Él tenía una biblioteca fabulosa en la que había muchos y muy importantes libros de caza. Le interesaba tanto el tema que, además, leía todo lo que podía sobre ello. Y para mi prólogo hizo algo que a mí mismo me extrañó mucho. Porque leyó y relejó el libro varias veces y a fondo. Pienso que le sacó tanto jugo que lo que yo torpemente había escrito desde su punto de vista de pensador se convirtió en todas las sugerencias que luego plasmaría en el formidable prólogo. Mire usted, lo de Ortega, ya no es un prólogo, es un ensayo. Además, se ve que reflejó en él un entusiasmo enorme. Yo quedé asombrado al comprobar, ya le digo, todas las sugerencias que había sacado de lo que yo había escrito modestamente, tan modestamente²³.

Pero además ya desde *Meditaciones del Quijote* en 1914, Ortega había recuperado la consideración platónica y tomista del filósofo y científico como la del “hombre que va de caza” —*thereutes, venator*—, con la que precisamente concluye nuestro texto. En este sentido genuinamente orteguiano ir de caza es, como escribe Yebes y cita nuestro autor: “Mirar, mirar y remirar; a toda hora, en todas direcciones y en cualquier circunstancia”²⁴. Dicha supremacía de la vista en el arte venatorio se relaciona de suyo con el filósofo, como aquel que es “amigo del mirar” (*filotheamón*) según Platón, y de modo eminente en un Ortega *espectador* que sabe, con Goethe, que el ojo es el órgano mediante el cual se comprende el mundo²⁵. La pupila venatoria es de este modo el *ojo*

²² “Prólogo...”, ob. cit., p. 112.

²³ Conde de YEBES, *La hora del lubicán*, ob. cit., pp. 24-25.

²⁴ “Prólogo...”, ob. cit., p. 125.

²⁵ Cfr. José ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial, 1981, pp. 56 y ss. En la última edición para Alianza, en *Meditaciones del Quijote y otros ensayos*, pp. 72 y ss.

alerta y la venación una metáfora del “pensar alerta”, que busca comprender a través precisamente de la “perspectiva”, cuya etimología, del verbo *spicere* (“mirar”), significa precisamente “ver a través, al través”. La caza para Ortega era, pues, fundamentalmente una pedagogía y refinamiento del mirar, no tanto al animal que *no está*, sino, sobre todo, al paisaje circundante que en la caza siempre *está ahí*, a esa Naturaleza de la que el hombre es tráfuga y a ella retorna ahora venatoriamente reabsorbiéndola con su mirada. Como había hecho y enseñado tempranamente con el bosque de La Herrería en su meditación escurialense. De este modo, ir de caza era, en el fondo, su manera de dejar de estar *dépaysé*, “despaisado”, quebrado el vínculo con el paisaje como le sucede al hombre de nuestro tiempo, según lamentaba en 1917 en “Muerte y resurrección”²⁶.

Sobre la recepción en Alemania y Austria del Prólogo: *Meditationen über die Jagd*

Es en la última parte, tan cargada de significados como emotiva, de la conferencia, donde refiere Yebes la resonancia que el prólogo tuvo en Centroeuropa —especialmente en Alemania y Austria—, que fue muy superior, según nos indica, a la nada desdeñable que tuvo en España.

En efecto, ya en 1953 aparece publicado bajo el título *Meditationen über die Jagd* en la editorial Gustav Kilpper Verlag de Stuttgart en traducción de Gerhard Lepiorz, con delicadas ilustraciones a pluma de Fritz Meinhard. De inmediato pasa a ser en el entorno cinegético germánico, como precisa el noble en la conferencia, “libro de cabecera y de meditación de miles de cazadores de las más variadas clases sociales”. La primera edición de Kilpper se agota enseguida, y otras se multiplican hasta hoy con éxito ya legendario en suelo austro-germánico. De su fervorosa recepción da cuenta el testimonio reciente que he hallado de un aficionado a la caza español —José Miguel Montoya Oliver— que nos narra la siguiente anécdota al respecto, no sin quejumbre patria:

Un curioso dato: durante mis años de trabajo en África para la FAO, trabajé con algunos ingenieros de montes alemanes. Me contaron que en su escuela forestal habían tenido que estudiar el prólogo de Ortega. Curioso: a mí nunca me dijeron en la escuela de ingenieros de montes que ese prólogo existiera. Esto de ser español es maravilloso, pero muy duro. ¡Qué le voy a contar a usted!²⁷

²⁶ “Los paisajes me han creado la mitad mejor de mi alma”, afirmaba ya como Rubín de Cendoya en “La pedagogía del paisaje”, publicado en *El Imparcial* el 17 de septiembre de 1906.

²⁷ Comentario de 2 de noviembre de 2016 a las 9:38 horas en Francisco CHOCLÁN, “Un célebre prólogo”, *Petreraldia.com*. Dirección URL: <https://petrereldia.com/opinion/un-celebre-prologo.html> [Consulta: 22 de noviembre de 2024].

No menos elocuente resulta el sucedido que narra Yebes a propósito de su estancia, invitado en septiembre de 1962, en un coto de los Alpes Bávaros, dominado física y espiritualmente por la presencia y lectura de *Meditationen über die Jagd*. Aunque nuestro conferenciante silencia el nombre de los nobles anfitriones cazadores, el actual conde de Yebes me confirma que uno era Francisco José Seefried y Baviera, conde de Seefried, bisnieto del penúltimo emperador de Austria-Hungría, naturalista y cazador que residió en Madrid como empresario y agregado comercial de Austria. Su mujer, Gabrielle von Schnitzler, perteneciente a la antigua nobleza alemana, es la delicada anfitriona que tiene sobre la mesa “en lugar preferente” un ejemplar de *Meditationen* y que lo ha distribuido entre sus invitados y guardas. Es suficiente con leer esta parte final de la plática para hacerse cargo en toda su extensión del impacto e influencia que ha tenido la versión alemana de nuestro prólogo, que compendia la gran estima que Alemania ha profesado por la figura y obra de Ortega.

Mas es ya hora de cerrar este preámbulo para ir al texto mismo de aquella estupenda conferencia olvidada que nos pide paso, impaciente, para dar disfrute al lector, plagada de recuerdos, enseñanzas y noticias desconocidas. Y comprobar que, en ella y en virtud de su amistad, siguiendo a Séneca²⁸, el conde amigo conversa hoy de nuevo con su maestro con la misma franqueza que lo va a hacer contigo mismo, lector oyente.

Mientras que nosotros, ya los ojos fatigados de tanto mirar alerta entre sus páginas, cerramos el tratado venatorio del conde con la satisfacción del rescate de esta pequeña pieza escondida y por azar hallada. Según el misterioso destino de los libros con sus prólogos, y dando así, con la ayuda de su bisnieto Pedro Tur de Montis, en terrenal sentido, *a la caza alcance*.

²⁸ *Epístolas morales a Lucilio*, Lib. I, Epis. 3.

EDUARDO DE FIGUEROA Y ALONSO-MARTÍNEZ, CONDE DE YEBES

*Breve historia de un prólogo histórico**

Hacia el año 1942¹ (¡válgame Dios que el tiempo pasa que es una pena!) tuve la feliz idea (ya explicaré más adelante el porqué de “la feliz”) de lanzarme a escribir un libro –primero de mi vida– sobre caza mayor. Prácticamente acabado, debo confesar que mis dudas y vacilaciones sobre la calidad y el interés que pudiera encerrar la obra eran grandes. Encontré fácilmente al editor y no faltaba ya sino entregar el original, junto con las correspondientes fotografías, dibujos y demás aditamentos.

Así las cosas, pensé por qué el fruto de mi pecadora pluma no había de llevar un prólogo, otro aditamento, tan usual en cualquier libro y especialmente apropiado a la índole del mío. Puesto a darle vueltas al magín en busca de la persona con pluma adecuada, no acababa de encontrarla. Debo añadir que en la elección de esa persona mi ambición era grande. Si la cosa, como yo deseaba, había de tener interés, el encomendarlo a un amigo, por estupendo cazador que fuera, no me inspiraba confianza. Al fin y al cabo, lo lógico sería que saliera del paso brevemente con las consabidas palabras elogiosas en las que sencillamente se comentara con amabilidad y afecto lo que yo había escrito; sin añadir, por lo tanto, nada interesante.

Con éstas, e indudablemente inspirado por San Huberto², pensé en Ortega. Y pensé en Ortega justificadamente, al recordar el especial interés que en

* Seguimos la edición, por ser realizada todavía en vida del conde, publicada en ABC el 26 de mayo de 1983, con ligeras variaciones respecto a la posteriormente publicada en *Petreráldia.com*, y en la que se omiten algunas expresiones de la conferencia dirigidas al público. La traducción alemana del prólogo de Ortega, *Meditationen über die Jagd*, se transcribe en cursiva y adapta a la grafía alemana. Se señalan en adelante entre corchetes las notas del editor.

¹ [Conjeturo que debió de haber errata en la fecha que fija el conferenciante, quizá en la transcripción, quizá por error de memoria, más de veinte años después. Si Ortega finaliza el prólogo en Lisboa en junio de 1942 y el conde afirma que le llevó al menos un año redactarlo, lo más verosímil es que el manuscrito de *Veinte años de caza mayor* estuviese ya listo en 1941, y que fuera en este año el envío al filósofo de la copia de su trabajo, según refiere Yebes. De este modo, cuadraría la data de junio de 1942 en Lisboa que hace Ortega].

² [San Huberto de Lieja (c. 657-727), duque de Aquitania y cazador, cuya intercesión implorará el conde para el buen fin de la petición a Ortega, es el patrón protector de los cazadores].

nuestras frecuentes entrevistas me planteaba el tema de la caza, sobre la cual, desde la primera sesión, pude darme cuenta de la categoría del interlocutor en este dichoso asunto venatorio, que conocía a fondo y a su manera, no por ser practicante, pues nunca lo fue más que episódicamente, y también a su manera, sino porque ese tema especialmente le atraía y sobre él sin duda alguna meditaba con frecuencia. Era empedernido lector del tema de caza, fuese cual fuese la latitud de la cacería y en su fabulosa biblioteca esa materia estaba copiosamente representada. A estos diálogos venatorios con Ortega llegué a tomarles miedo, porque, naturalmente, la categoría del interlocutor, la índole de cuanto planteaba y las preguntas estrujadoras que me hacía, confieso que, a veces, me llegaban a crear un verdadero complejo de inferioridad; hasta el punto que más de una vez los rehuí.

Por ello, y con razón, pensé que quien mejor, quien con más altura y autoridad sería capaz de realzar mi modesto trabajo con su prólogo era Ortega... si le daba la gana. Existía entre nosotros, según él mismo escribe, "amistad grande y antigua", a lo que añade, preguntándose a sí mismo, "que no ve por qué una cálida amistad necesita florecer en prólogos", agregando: "No es tampoco razón suficiente para ponerme en este trance el hecho de que hayamos hablado con frecuencia de caza y sorprenderle que yo, ajeno al oficio venatorio, fuese, no obstante, empedernido lector de libros que le atañen".

Yo conocía muy bien a Ortega y por ello, a pesar de nuestra amistad "grande, antigua y cálida", desde el primer momento me produjo verdadero pánico la idea de ir a plantearle la papeleta. Justificadamente me temía que pudiera tomarlo a broma o que lo encontrara absurdo, exponiéndome, en el mejor de los casos, a una afectuosa negativa que me hubiera llenado de contrariedad.

Llegó el momento en que no hubo más remedio que decidirse y, armándome de todo mi valor, siempre llevado de la mano de San Huberto y buscando una ocasión propicia, tímidamente, azoradamente, le hice presente mi deseo. A medida que avanzaba en la exposición de éste, explicando como Dios mejor me daba a entender la finalidad del libro, la forma en que lo había concebido y la índole del tema dentro de lo venatorio, empecé a observar, con esperanza en unos momentos y desconcierto en otros, la atención con que Ortega me escuchaba. Yo observaba la expresión de sus ojos, la de su tremenda mirada. Tras hacerse repetir cosas que yo, cada vez más achicado, le iba explicando, al final de mi balbuciente relato, saltó como el tigre sobre su presa y alborozadamente, tomándome con fuerza del brazo, exclamó con expresión iluminada y entusiasta: "¡Cuenta usted con ello, cuenta con ello sin falta[!] Acaba de brindarme inesperadamente una ocasión que venía buscando desde hace mucho tiempo". Realmente, no podía creer lo que escuchaba. Quedó Ortega callado unos segundos. Pensaba ya en el prólogo y de antemano se relamía con la idea.

Al cabo de un rato de silencio me volvió a decir: "Cuenta usted con ello, pero le advierto que no va a ser el consabido prólogo a un libro para salir del paso.

Va a ser algo mucho más importante y más extenso y, en consecuencia, necesito tiempo, mucho tiempo, y no puedo decirle aproximadamente cuánto. Mándeme en seguida una copia de su trabajo”.

Me quedé anonadado y naturalmente dispuesto a esperar hasta el final de mis días la entrega del prólogo. Es indudable que la idea de un ensayo sobre la caza y el cazador le rondaba intensamente desde hacía años. Al igual que algún otro tema que, desgraciadamente, se murió sin escribir, por ejemplo, “Paquiro o el toreo”.

Pasó tiempo, meses, a lo largo de los cuales, de vez en cuando, recibía noticias de que Ortega, con el mayor entusiasmo, se había entregado a fondo a su tarea. Creo que casi transcurrió un año hasta que me avisó que había dado cima a su tarea, pero advirtiéndome que quería entregármela personalmente. Se encontraba, a la sazón, en Portugal, junto al mar, en el bello Cascaes³, en una acogedora casa, y a ella fuimos. Amablemente nos invitó a almorzar e inmediatamente, y con el mayor entusiasmo, empezó a hablarme de su trabajo, mostrándome el voluminoso rimer de cuartillas. Durante el almuerzo se veía en su animación el gusto anticipado que se tomaba a la idea de leernos personalmente el prólogo, de sobremesa. Y así fue. Sentados en la terraza, y con el mar como principal testigo, Ortega, deleitándose, refocilándose, leyendo como él leía, exultante de entusiasmo, procedió a la lectura del histórico prólogo.

¡Qué no daríamos por haber podido colocar al alcance de su voz eso que años después ha llegado a ser tan vulgar y corriente: una cinta magnetofónica! ¡Qué valor no hubiera tenido!

Malo puede ser mi libro, ¡qué importa! Que sea falto de interés, que contenga errores, que su prosa sea infame, ¡qué importa! Pero, gracias a él, Ortega nos ha legado algo sin precedentes en la bibliografía venatoria desde que el mundo es mundo. Porque en su trabajo no es sólo la categoría, el interés y la enjundia del pensador lo que domina, es, además, la calidad de la prosa; no sólo en mi modestísima opinión, sino en la de los más calificados, alcanza una altura que posiblemente supera lo hasta entonces producido por Ortega. Exponente de lo que acabo de decir es el párrafo que lleva por título “De pronto, en este prólogo, se oyen ladridos”⁴. En él, en esa prosa que es la más gloriosa sinfonía, Ortega

³ [Los Ortega alquilan en ese verano un piso de una villa en Cascaes frente a las fortificaciones, de nombre “Casa Gandarinhas”, perteneciente a una familia muy conocida de Portugal. Allí debió de ser el grato encuentro y la inolvidable lectura de tantos *logoi* enunciados ante el océano, si no me equivoco. Cfr. Miguel ORTEGA, ob. cit., p. 168].

⁴ [En mi opinión, nos oculta por humildad Yebes que un fragmento del célebre capítulo de Ortega parece sin duda inspirado en un pasaje del conde perteneciente a su capítulo II, que empieza así: “Al cabo de un rato, allá lejos, oyes vagamente latir un perro; un perro de bandera, desde luego. El latido es reforzado en seguida por otro, y rápidamente se enciende una ladra”. *Veinte años de caza mayor*, ob. cit., p. 125. Compárese con lo escrito por Ortega: “De pronto, un ladrido de can apuñala el silencio reinante. Este ladrido no es meramente un punto sonoro que

nos explica a los que hemos montado, en la forma más bella, más gráfica y más inesperada, la historia completa de la echada de una mancha desde el momento en que nos colocamos en nuestra postura hasta en el que oímos la primera ladra y hasta que nos entra una res. Yo invito a cualquier montero que no lo haya leído antes, por temor o por desgana, a que haga la prueba. Naturalmente, este prólogo, en centro Europa, tuvo una resonancia muy superior a la que aquí se dejó percibir, que ya está bien. Ello es lógico si pensamos, por ejemplo, en Alemania, país de pensadores y de cazadores y en el que, además, Ortega, como pensador, era tan conocido y admirado.

Este prólogo se editó allí lujosamente con el título de *Meditationen über die Jagd* en tirada cuyo número en España no concebimos, y quedó agotada al momento. Es el libro de cabecera y de meditación de miles de cazadores de las más variadas clases sociales. Y vaya una prueba de ello: cuando hace veinte años en el mes de septiembre, acudí amablemente invitado a uno de los más bellos cotos de los Alpes bávaros, de paisaje sobrecogedor, sobre la mesa de la bella anfitriona, y en lugar preferente, presidía un ejemplar de *Meditationen über die Jagd*, del que, como es natural, se hizo adecuado comentario. Pero no fue solamente esto, sino que a continuación la amable anfitriona me dijo: “Todos los guardas de esta finca, sin excepción, lo poseen y lo leen y releen como libro de caza más importante que figura en sus modestas bibliotecas”. Efectivamente, pude comprobarlo, pues se les hizo saber que este caballero, invitado allí por primera vez, era el responsable de que *Meditationen über die Jagd* se hubiera escrito. Era de ver la expresión de respeto y admiración hacia mí, que andaba más corrido que una mona, ante esas muestras y cuando de reojo y dándose uno a otro con el codo me señalaban diciéndose por bajo: “Ese es el señor que escribió un libro que hizo que se escribiera *Meditationen über die Jagd* [...]”. Es de advertir que cualquiera de aquellos estupendos guardas era prácticamente un licenciado en Ciencias Naturales.

Y para terminar quiero aclarar lo que al principio dije cuando hablaba de la feliz idea que tuve de escribir un libro de caza mayor, y es que por malo que éste sea, tiene el inmenso mérito, el fabuloso mérito, de haber sido la causa de que Ortega nos legara lo que me atrevo a calificar como el canto del cisne de su vida.

Conferencia del Conde de Yebes, en el Club Urbis de Madrid, el 27 de junio de 1963.

“Breve historia de un prólogo histórico”, en *ABC*, 26 de mayo de 1983, p. 57.

“Historia de un prólogo, por el Conde de Yebes”, en *PetreralDía.com*,
19 de septiembre de 2024.

URL: <https://petreraldia.com/historia-de-un-prologo-por-el-conde-de-yebes>

brota en un punto del monte y allí se queda, sino que parece estirarse rápido en una línea de ladra”, “Prólogo...”, ob. cit., p. 76].